

—¿Qué hay que hacer cuando se ve a un hombre malo? — preguntó su madre.  
—Correr y esconderse — dijeron los pequeños.  
—¿Por qué? — volvió a preguntar con un tono alegre.  
—Porque si te cogen te pones enfermo — dijeron los niños.

Miró a su lado y vio a su hermano pequeño, tan pequeño que apenas cumplía los cuatro años de edad.

*Estoy soñando, se dijo, Ione ya no es un niño; y yo tampoco.*

Se miró en el espejo y ella tenía tan solo algunos años más que su hermano. Contempló su melena castaña, sus vivarachos ojos y sus mejillas sonrojadas, propias de la niñez.

Observó su vestido, uno de los que le hacía su madre con su querida máquina de coser.

—Los hombres malos te van a coger — dijo un niño a su espalda.  
—No es cierto — dijo ella molesta.

No recordaba su nombre, pero sí a él; era el hijo de una amiga de su madre, que a veces la visitaba y con quien compartía horas de juegos, aunque recordaba también que era un niño muy raro. Le gustaba imaginarse historias y aventuras y muchas veces parecía más bien solitario. A pesar de ser de la misma edad parecía un poco mayor que ella.

*Estas soñando y los hombres malos sabrán que sueñas, pero recuerda, nunca viene de más una clase de defensa personal.*

No sabía quiénes eran los hombres malos, pero sabía que, si un día veía uno, los reconocería.

Se despertó sobresaltada y sudando, otra vez había tenido ese extraño sueño, el de los hombres malos. No sabía que significaba ni porque estaba reviviendo esos recuerdos de su niñez justo en esa época de su vida, pero, a pesar de ser sábado y tener todo el día por delante, no tenía ni un ápice de ganas de psicoanalizar su sueño ni de indagar en su psique en busca del trauma reprimido que le enviaba esas señales escalofrantes.

Aunque claro, no podía ignorar el tema, era psicóloga (estudiante de segundo año, pero imaginarse como una profesional la mantenía a flote) y sabía porque en sus sueños era una niña: su mente se remontaba a una época donde era feliz y se sentía segura.

¿Segura de qué? *Del mundo en general*, pensó. De las obligaciones como estudiante, como trabajadora, de la madurez que la sociedad te obliga a adoptar a cierta edad y todo lo que eso conllevaba. Protegida de la soledad y del daño que los demás pudieran hacerte.

Como niño, sufres daño, pero olvidarlo o esconderlo en el subconsciente es parte del crecimiento (por suerte) y la vida sigue adelante. Cuando eres adulto, el más mínimo daño puede llegar a obsesionarte y hacerte perder minutos de vida pensando el por qué o el cómo.

No recordaba gran cosa de su infancia, salvo que fue tranquila como la de la mayoría de personas. Una bonita casa en un soleado pueblo junto a su madre Nella y su hermano Ione. Una alumna estupenda en el colegio y el instituto, que pasó desapercibida entre los chicos y pasaba sus veranos con su familia en Rockfield, un pueblecito muy rural, donde vivía un tío suyo junto a una prima. Un pintoresco lugar colocado estratégicamente en un bonito valle entre un grupo de pequeñas montañas, donde casi todos sus habitantes eran ganaderos o agricultores. Los domingos por la mañana montaban un mercadillo en la plaza del pueblo para vender sus productos, frescos y naturales. Casas modestas en el centro de amplios terrenos, y una pequeña zona un poco más urbanizada donde se hallaba la plaza, la casa del alcalde, una gasolinera recientemente instaurada, alguna cafetería y la estación de metro, otra obra moderna y relativamente joven que, sin duda, demostraba la transformación y modernización que estaba sufriendo el lugar.

No tenía recuerdos de su padre, ni falta que le hacía. De pequeña había preguntado a su madre por él y esta le había contado que su padre había muerto en un accidente, al poco tiempo de quedarse embarazada de su hermano, cuando ella tenía unos tres años. Nunca más volvió a interesarse por él, pues ni siquiera su madre lo hacía y al llegar a la adolescencia y tener una conciencia más desarrollada, interpretó aquellos comportamientos, o más bien, la falta de ellos, como una señal inequívoca de que algo había pasado por aquel entonces, algo tan malo que ni siquiera su madre extrañaba al que había sido su marido y padre de sus hijos.

Mientras inconscientemente daba vueltas a todo el asunto, se preparó de forma automática un gran vaso de leche y extrajo de una alacena unos bollos. Comenzó a comer con la mirada fija en la pared.

Una cosa que recordaba (y la prueba irrefutable eran sus sueños) era la obsesión de su madre por la seguridad. Aunque habían vivido en un sitio agradable y sano, siempre le recordaba normas básicas por si ocurría una catástrofe o atacaban esos “hombres malos” que seguramente sería la forma inocente de advertir a dos niños sobre secuestradores y pederastas.

*O asesinos*, pensó mientras un escalofrío surcaba sus espaldas. En esos dos años de carrera, había estudiado muchos trastornos patológicos que el ser humano podía sufrir y en la mayoría de los casos, sino se trataban adecuadamente esos hombres (y mujeres) podían ser muy malos y crueles. ¿U hombres como su padre? No lo descartaba, aunque su madre siempre había sido tan fuerte, tan suficiente y luchadora, que no podía creer que, en algún momento de su juventud, un hombre la sometiera o le hiciera un daño atroz.

Quizás por eso su madre había insistido tanto en que escogiera esa carrera, como parte de sus enseñanzas, para que ella ayudara al mundo y estuviera protegida de esos hombres. Normalmente su madre no decía las cosas a la ligera y temblaba aterrada pensando que las palabras de esta se cumplirían y se vería cara a cara con esa maldad, con ese daño. Y peor aún, le preocupaba que pese a su preparación la oscuridad pudiera más que ella.

*Se acabaron las paranoias, se dijo, ¿así piensas pasar el día?*

Había sido una semana dura y la siguiente lo sería también. Debía entregar un trabajo importante en la universidad y ordenar una inacabable montaña de papeles para el buffet de abogados donde trabajaba como ayudante de administración un par de días a la semana, tiempo suficiente para conseguir el dinero para pagar el piso y la carrera.

Ahora que estaba sola, debía hacerse cargo de la economía.

Eso le hizo recordar la ocurrencia de su amiga Natalia: Una cita a ciegas.

La había conocido, dos años antes al inicio de la universidad, siempre había estado ahí cuando la había necesitado, aunque no la consideraba su mejor amiga ni mucho menos, le estaba agradecida por todo (ese puesto lo ocupaba Sarah, que vivía cerca, pero debido al trabajo y sus vidas, llevaban tiempo sin verse, aunque hablaban casi todos los días), pero en momentos así no le hacía caso pues ella vivía la vida muy alocadamente y ese estilo no le parecía muy adecuado.

Una cita a ciegas con un compañero de clase que al parecer estaba colado por ella, Raymond o Ronald (no recordaba bien su nombre, aunque empezaba por la letra “R”). Bueno no era precisamente a ciegas, pero si una locura.

Hacía tan solo unos meses que Tristán su novio la había dejado (supuestamente de manera temporal) para cumplir una llamada urgente del trabajo. El mismo empleo que les había permitido pagar casi la mitad de la hipoteca y vivir cómodamente los últimos años. No confiaba en que volviera y mientras tanto, quería estar sola. Tan sola que temía no volver a fijarse en nadie nunca más.

*¡Se acabó el pensar!, se ordenó imperativamente.*

Caminó hasta la sala, después de colocar la loza sucia en el fregadero y encendió la tele. Se daría un momento de descanso antes de empezar con la faena. Remover toda esa ponzoña del pasado él había dejado mal cuerpo.

Para su sorpresa la televisión no funcionaba. Solo unas interferencias grises.

Se acercó y comprobó que todo estaba perfectamente conectado y así era, el fallo no estaba en su televisor, ni en su cableado.

Tomó el teléfono, miró la agenda situada justo al lado y busco el número de la portería. El portero, un amable y regordete hombre (un poco descarado según con quien) se encargaba de arreglar los desperfectos o, según cuales, llamar una empresa especializada.

Para su sorpresa, el teléfono tampoco funcionaba.

*Hablando de catástrofes, pensó.*

Se echó un rápido vistazo y no considero necesario quitarse el pijama (un pantalón corto y una camiseta) para ir a preguntar al portero y conserje que ocurría.

Tomó las llaves de un plato de cristal situado en una pequeña mesa junto a la puerta y salió al pasillo. El edificio era la mayoría del tiempo bastante silencioso. La única familia con niños, vivía en el primer piso. El resto de inquilinos eran ancianos, parejas o solteros muy silenciosos y educados pues en ese año nunca había tenido problemas con ninguno. Pero esta vez había algo más que la tranquilidad habitual del lugar, una sensación extraña, un peso invisible que incomodaba y ponía la piel de gallina.

Aunque bien podía ser parte de la espiral oscura y lodosa en la que se había sumergido mientras desayunaba, por culpa de ese desafortunado sueño.

Bajó las escaleras al trote; cuatro pisos sin pararse tan siquiera a tomar aire. Llegó al portal esperando ver al susodicho responsable del mantenimiento, mas, allí no había nadie. Se acercó a la puerta de la derecha, donde este vivía, justo enfrente de la familia feliz y tocó con firmeza, pero nadie respondió. El eco de su llamada se perdió escaleras arribas hasta desaparecer de la misma manera en que se esconde el sonido de una campana en una catedral, de manera burlona.

Llamó de nuevo y ante el mismo incomodo silencio, decidió intentar otra cosa. Se giró para regresar cuando en la puerta de delante vio una muñeca tirada en el suelo, que la miraba con ojos vidriosos y vacíos en una postura imposible y con el vestido manchado.

Un escalofrío la surcó la espalda. Volvió a subir hasta su piso, pero en lugar de entrar en casa, se dirigió a la puerta de su vecino. Si el fallo estaba en la instalación del edificio, él tampoco tendría teléfono, aunque quizás solo era una anomalía en su piso (cosa que le extrañaba, pero no quería desestimar ninguna posibilidad, todo era completamente plausible).

Al llegar a la altura, vio la puerta entre abierta.

Dudó durante un instante, pero tras esos segundos que parecieron eternos, llamó la puerta abriéndola mucho más con los golpes. Al igual que en el primer piso, nadie respondió y por lo que la apertura le dejaba vislumbrar, el sitio estaba desierto. Ojeó el salón esperando encontrar a su vecino, un hombre que rozaba los cuarenta y creía, muy erróneamente, que aún conservaba su atractivo adolescente y se dedicaba a lanzar indirectas a las jóvenes. Pero solo vio la tele, con interferencias (eso le dio a entender que el fallo era comunitario) el sofá y una lámpara tumbada sobre la mesa. Empujó la puerta hasta el final y entró en el piso con miedo y cautela pues por su cabeza se cruzó el fugaz pensamiento de que quizás ese ligón de poca monta necesitara ayuda. Vivía solo y si sufría un infarto, una caída o un vahído nadie se enteraría.

Se acercó hasta la lámpara esperando ver el cuerpo inconsciente del hombre sobre la alfombra, pero su sorpresa fue mayúscula cuando en su lugar vio un gran charco oscuro.

Lo contempló, confusa, pero sobre todo aterrada pues, pese a ese color oscuro que mostraba, sabía exactamente lo que era: Sangre.

Escudriñó el lugar y muy cerca encontró una camisa ensangrentada echa un ovillo y un rastro de gotas de sangre. La siguió con la mirada dándose la vuelta ya que estas iban hacia su espalda, donde estaba la cocina y no pudo evitar emitir un grito de puro terror ante aquella dantesca imagen.

A primera vista tenía forma humana y, muy a su pesar, ahí acababa cualquier otra similitud con una persona. Era un ser erguido, ensangrentado, sin camisa y el resto de la ropa hecha jirones. Sin duda era su vecino, pero mostraba un aspecto lamentable (obviando lo evidente) pues estaba pálido y demacrado, con ojeras y los ojos vidriosos y blanquecinos, igual de siniestros que los de aquella huérfana muñeca del portal, carente de vida, sentimientos, alma o cualquier capacidad para mostrar una expresión.

Solo tenía un brazo (según pudo ver, el otro estaba justo detrás, en el suelo, sobre un gran charco de sangre) y este se alzaba hacia Maia mientras cerraba y abría su huesuda mano, ansioso por cogerla, por robarle todo lo que a él le faltaba.

El miedo se apoderó de su cuerpo. No podía creer lo que veía. Solo pudo quedarse quieta mientras esa cosa avanzaba a trompicones, muy despacio, tratando de mantener el equilibrio. Justo cuando el ser estaba a punto de echarse encima, a su mente regresó la voz de su madre: *“los hombres malos te enferman”* e instintivamente dio unos pasos atrás cogiendo al mismo tiempo la lámpara caída, haciéndola añicos contra su blanquecino cráneo y provocando con ello la caída de aquella cosa espeluznante.

Luego corrió, como había prometido a su madre tiempo ha. Nerviosa consiguió entrar en su piso y cerrar la puerta de un fuerte golpe.

Estaba agitada, nerviosa y respiraba con dificultad. Ya no importaban la tele, el teléfono y el trabajo para la próxima semana. Lo que importaba era que su vecino estaba muerto (nadie que hubiese perdido esa cantidad de sangre podría estar vivo) pero seguía andando y la había atacado.

*¿Atacado? Quizás solo necesitaba ayuda y tú lo has golpeado*, dijo una voz en su interior. *Quizás tuvo un accidente en la cocina, y llevaban desangrándose horas hasta que llegaste.*

Era una posibilidad, pero su intuición le decía que no era tan sencillo, además esa sensación de incomodidad, de terror, no era la propia de un accidente ni de una persona que necesitara ayuda, sino la de alguien que quiere hacerte daño.

*Lo vi en su mirada*, se recordó a sí misma. Lo había visto en sus prácticas de la universidad. Uno de los detalles de ciertas personas con trastornos lo suficientemente peligrosos como para afectar a su propia vida y los de los que las rodeaban, era que mientras sufrían brotes psicóticos, su mirada era distante y vacía como si, de alguna manera no estuviera conectada con la parte consciente del cerebro.

*No estaba malherido sino muerto o loco, y de no haber huido, dios sabes que me habría pasado*, pensó.

Unos golpes en la puerta la sacaron de su trance. Contuvo la respiración para que la cosa que estuviera fuera no pudiera oírla y se largara.

Los golpes se repitieron.

—Maia ¿estás ahí? — un susurro femenino preguntó al otro lado.

—¿Sarah? — preguntó ella abriendo la puerta de golpe.

—Menos mal que estas bien — su amiga la abrazó.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Pero ¿en qué mundo vives? He venido a buscarte y ver que estabas bien. El mundo se ha vuelto loco y todo el mundo está...

—¿Muerto?

—Sí — dijo Sarah rotunda — No... bueno, no sé tú eres la psicóloga.

—Yo tampoco lo sé, pero... si te puedo decir que es malo y que esa gente, porque deduzco por tus palabras que hay más, no son ellos mismos — dijo Maia.

—Sí, hay más ¡están por todas partes! — dijo alterada — no sabes lo que me ha costado venir hasta aquí, sin tener que enfrentarme a ninguno. Menos mal que tenía esto — dijo sacando un arma de la parte trasera del vaquero.

—¿De dónde...?

—Me la encontré, aunque no sé cuántas balas tiene — dijo mirando la pistola con un poco de indiferencia.

—Todo el mundo se ha acabado... — Maia se apoyó en el respaldo del sofá, tratando de asimilarlo.

—No sé si el mundo se ha terminado o no, solo sé que la ciudad de ha venido abajo, todos están... así — dijo Sarah — Por eso he venido, tenemos que irnos de aquí.

—¿Irnos? ¿A dónde? — preguntó Maia

—A donde esto no haya pasado, a otra ciudad... no lo sé... — dijo poco convencida.

Maia la miró llena de dudas y miedos. Sarah tenía razón en que ese desastre no implicaba una destrucción del mundo y que seguramente sería algo aislado, pero si todas las personas de ahí fueran eran igual que su vecino, no lograrían sobrevivir.

Además, no podía evitar preguntarse ¿Por qué todo aquello?

*Para empezar de cero.* Era una posibilidad, pero si el mundo quería cambiar su vida, podía haberle enviado indirectas más sutiles y normales y no el fin del mundo.

—¿Y si vamos a la policía? — preguntó Maia.

—No servirá de nada ¿de dónde crees que cogí el arma? Ellos no han podido hacer nada, y aunque no sé cómo está la situación por lo que he visto han salido tan mal parados como el resto — explico Sarah.

—¿Porque nosotras seguimos vivas? — preguntó Maia.

—¿Y a mí que me cuentas? ¿Vas a cuestionar ahora la suerte que hemos tenido? ¿preferirías estar muerta? — hizo una pausa — espera no me contestes porque me vas a cabrear y te voy a dejar aquí tirada.

—Nunca me abandonarías — dijo Maia aguantando una risa.

—No me tientes, a veces eres un trasto — dijo Sarah. — Venga recoge tus cosas.

—¿Qué cosas?

—¿No es tu madre la obsesa de los terremotos? Pues algo habrás aprendido ¿no?

Cierto era que, tras tantos simulacros y repeticiones, tenía claro lo que debía coger: cuchillos, cerillas, linternas, cuerdas y cosas que pudiera ser útil para ocasión extremas.

Por desgracia no tenía tantas cosas en el piso, pero si algunas que metió en una mochila. Luego se puso un pantalón más apropiado, una camisa y las botas. Estaba

físicamente lista para aventurarse a lo desconocido, psicológicamente no estaba segura de cómo enfrentaría el nuevo mundo exterior.

Cuanto se hubo preparado, se aferró a la mano de Sarah y salieron al pasillo, dispuestas a abandonar el edificio y, por supuesto, la ciudad.

Bajaron la escalera rápidamente, mientras Maia echaba furtivos vistazos a su espalda por si aquel esperpento del piso de al lado las seguía. Estaba segura de que no lo había matado con el golpe (al fin y al cabo, ya lo estaba). Llegaron a la puerta principal, la cual Sarah abrió lentamente para ver si era seguro salir. Después de una señal con la cabeza, saltaron al exterior.

—Pero... ¿Qué ha pasado aquí? — preguntó Maia atónita mirando el desastroso panorama.